

#colecciónfueraadeserie

TREN EN MOVIMIENTO

EL 8vo. LOCO
EDICIONES

LA VIDA ES OTRA COSA

Los poemas de *Piso 93*

LA VIDA ES OTRA COSA

Los poemas de *Piso 93*

MARTÍN
PÉREZ

F U E R A D E S E R I E

La caricia áspera y dulce del buen decir

Por Rafael Hernández¹

Pérez, Martín

La vida es otra cosa : los poemas de Piso 93 / Martín Pérez. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El 8vo. Loco ; Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tren en Movimiento Ediciones, 2016.

70 p. ; 25 x 16 cm. - (Fuera de serie ; 5)

ISBN 978-987-4074-01-0

1. Radio. 2. Rock. 3. Poesía. I. Título.
CDD A861

Coordinación general: Ana Ojeda y Alejandro Schmied

Edición: Ana Ojeda

Interiores y portadas: Alejandro Schmied

Diseño original de tapa: Laura Ojeda Bär (laura.ojeda.bar@gmail.com)

Imagen de tapa: www.hubblesite.org

Este libro puede leerse y descargarse de manera gratuita de: www.el8voloco.com.ar
y de: www.trenenmovimiento.com.ar

© 2016, Martín Pérez

© 2016, El 8vo. loco ediciones

fb: /el8voloco

el8vo.loco@gmail.com

© 2016, Tren en movimiento ediciones

fb: /trenenmovimiento.ediciones

trenenmovimiento@gmail.com

Se terminó de imprimir en
Bonus Print, Luna 261, CABA
en el mes de septiembre de 2016

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

“Viajar es muy útil, hace trabajar la imaginación. El resto no son sino decepciones y fatigas. Nuestro viaje es por entero imaginario. A eso debe su fuerza. Va de la vida a la muerte. Basta con cerrar los ojos. Está del otro lado de la vida”.

Cosas así decíamos en la radio.

Este libro se empezó a escribir a fines de la década del ochenta: textos radiales, viñetas de un programa que encendía la noche con palabras más o menos elegidas y deliberadamente provocadoras. Se las robábamos a Céline –escritor que arranca *Viaje al fin de la noche* con la frase que nos apropiamos– o las inventábamos nosotros, la autoría era lo de menos.

Lo importante es que eran dardos en el aire, balas trazadoras buscando impactar en cabezotas desveladas y desprevenidas. Íbamos de madrugada y con los botines amorosamente de punta; caricia áspera y dulce del buen decir. Del buen oírnos, trasnochados.

La poesía es la forma divina o pagana de expresar sentimientos, según le cuadre al autor. Sale del alma, del cuerpo y va al aire. Es palabra que se pianta...

“Yo solo tengo esta pobre antena, que me transmite lo que decir...”

Ideas sueltas puestas en cuadernos rayados, haciendo sinapsis entre ellas y creando un corpus que para nuestra sorpresa, cual Golem jodi-do y tambaleante, funcionan. ¡El poder de la palabra!

Esto pasaba en una FM, en una democracia nuevita. Lo que hacíamos era avanzar a tientas, sin interné, claro. A puro desborde y bardo, eran los fucking ochenta, a todo gramo. Y a la furia del rocanrol como combustible, sobrevenían algo de calma y reflexión; la palabra que va y viene a tu corazón.

1. Conductor y responsable del *Piso 93*.

Con los oyentes hasta hicimos un poco de historia. Nos visitaron amigos ilustres que le dieron lustre al espacio. Charly, Redondos, Spinetta, León, Fito. Una noche hasta vino Wynton Marsalis, pfff, demasiado. No era lo que hacíamos, era lo que decíamos.

Cada programa era único temáticamente. Cuando no teníamos un reportaje, nos metíamos obsesivamente con la muerte, el mar, los vampiros, la cama, los teléfonos o los amantes. En *Piso 93* siempre la palabra por delante. La cosa era así: hablábamos con nuestros oyentes en directo. Los mensajes no quedaban grabados en un contestador como ahora. Iban derecho al aire, sin filtro. ¿Por qué cuento esto? Porque el autor de este libro era, entre otras múltiples funciones, el telefonista del programa. No era por economía; era puro amoroso control de calidad.

Martín Pérez, el guionista oficial del programa, por aquellos días tenía un seudónimo que lo identificaba públicamente: “El Gavilán Pollero”. Y fue el Gavilán el que escribió este libro, no Pérez. Es el autor de estas letras para ser dichas en voz alta, de noche, con música. Por entonces los llamábamos “textos”, a secas. Nos quedábamos cortos, Gavilán, nos quedábamos.

Hoy por hoy, Pérez es uno de los editores de “Radar”, el suplemento cultural del diario *Página/12*. Es también el de *La Mano* o FM La Tribu, según la época. El que podcastea *musicacretina.blogspot.com.ar*. El autor de este libro es aquel que de chico no tenía problema en cuidar el quiosco de diarios y revistas del barrio, porque así podía leerse todo. Era eso y anotar los números que las vecinas jugaban a la quiniela.

Pérez dejó descansar en el roble de la memoria estos textos del Gavilán de los ochenta y noventa hasta que hasta que fueran un buen vino. El tinto se volvió tinta hasta su destino de papel, que ahora dejo/queda en tus manos.

¡Salud!

Los poemas de *Piso 93*

*A mis viejos,
que nunca supieron bien lo que hacía
pero me dejaron hacerlo.*

91

Veo al león inquieto en su guarida
La caza de ayer se acabó por fin

Estoy aburrido de mis cíclicos
y escatológicos estados de ánimo
Aborrezco de mis cínicas
y edulcorantes filosofías de vida
Disfruto con el sufrimiento que me provocan
mis agarrotadas y tercas ideologías
Señores: no nos mintamos más
Si hay que sufrir se sufre
si hay que odiar se odia
si hay que amar se ama
Aquí la vida siempre
es una amenaza

Llamémosle cielo. A eso que nos observa, nos espera. Nombrarlo es condenarlo a repetirse. Un cielo sin fin, brillante y terrible. Que nunca es azul, salvo cuando lo olvidamos. Un cielo que anuncia que los sueños no se pueden guardar. Se destrozan siempre y uno se queda jugando, sin memoria, con los pedazos. Tu recuerdo no vale nada, porque nunca lo fue. Existe, no existe, ¿cómo saberlo? Tu recuerdo no vale nada, porque no es verdad. Tu mentira es mi alimento.

Me dijo adiós y me anunció que se iba
no supe qué decirle
no supe qué hacer
Así que no hice nada
ni dije nada
Solamente la miré a los ojos
mientras ella se pintaba las uñas
Los ojos no sirven para algunas cosas
No podía dominarlos y tal vez decían
lo mismo que ocultaban
Entonces bajé la mirada y sin romper mi silencio
escribí un poema
o al menos lo intenté
ya que lo que escribía no tenía sentido
Así que me fuí a cantar al balcón
canciones que conocía desde mi infancia
Fueron pasando los días y las semanas
hasta que comenzó a llover

La imagen más cercana del mar que se puede encontrar en la ciudad es el infinito tráfico de las autopistas. El ir y venir de esa masa inmensa en perpetuo movimiento sólo se puede comparar con el susurro inquieto de los neumáticos sobre el asfalto. Cuando esta similitud –aún imprecisa– llegue a la perfección, la tecnología habrá alcanzado su fin oculto y cesará la evolución. Habrá entonces un mar infinito, exacto y en movimiento eterno, formado por miles y miles de autos rodando sin cesar desde el nacimiento de las autopistas.

El fuego consume restos.
Limpia canciones, dejando las cenizas para esparcirlas al viento.
Quien quema cadáveres no lo hace para guardar lo que queda en
\cajitas.

Lo hace para volver.
Para volver al mundo. Volver al mar. Volver.
Al fuego.

El horizonte es esa fina raya que se delata en su escote apretado. El sol casi seguro que sale por ahí. Piadosamente ella lo deja escapar.

Esa mujer tenía la boca triste
 sus ojos estaban llenos de arena
 y sus pies levitaban muy lejos
 Ella solía viajar en mis brazos
 y yo jugaba a la payana con sus besos
 mientras imaginaba mares infinitos piratas al abordaje y
 \barcos ardiendo
 como cuando Noé emprendió un segundo viaje con su arca
 tratando de llevar a tierra firme
 unicornios basiliscos y snarks
 pegasos y tricornos
 Llamas miles de llamas entre las aguas
 sólo dejaron cenizas de un sueño los animales indispensables
 \y su arca
 Nunca nada queda para testimoniar un viaje
 es imposible porque ¿qué robar? ¿con qué quedarse?
 ¿cómo demostrar la verdad de un sueño?

Así me hablaba ella esas noches en que yo
 soñaba viajar por su espalda
 O cocinar a fuego lento sus palabras
 una tras otra
 sin quitar la vista de su boca
 y después dormir plácidamente
 olvidándola de azul de gris de rojo
 dibujándola para toda la vida
 en una postal antigua
 para contarle a un amigo nuestro eterno viaje

Construir un recuerdo. Moldearlo despacio, preparándolo para cubrirlo por siempre y resguardarlo del olvido. Por eso la prolijidad y el esfuerzo. Un retoque por allí, un poco de color por allá. Una pizca de negrura, de fugaz laguna en el relato, no mucho, sólo lo suficiente como para darle brillo, como limándole las aristas. Y después, a sacarle lustre. Y dejarlo listo. Para las noches de insomnio, de ausencia.

Me conocés demasiado bien como para tomarme en serio decía repetía desesperado mirándola a los ojos las piernas los labios mientras ella lo ignoraba emperrada en terminar su retirada honrosa calculada que la dejaría lejos de todo problema de una manera tan exacta como un subte paseándola de estación en estación con esos carteles grandes que no dejan lugar a errores ni nada que no esté en el plano y entonces la vida es algo parecido a esa caja con luces y botoncitos ubicadas cerca de los molinetes en las que hay que apretar el botón de adónde se quiere ir y el camino se ilumina y listo por qué no nos dijeron que era así de fácil aprieto tu nombre en el tablero y las luces me llevan demasiado lejos dice él explica él desespera él y ella ya no lo escucha está lejos fuera de esos redondeles rojos que señalan el camino en la oscuridad.

Esta vida no es para mí
 decía con tristeza, repetía interminable
 mientras la noche lo contradecía
 regalándole sueños
 e inmensos poemas declamativos y ostentosos
 con horizontes abiertos y sanguches triples de miga
 Se negaba a recibirlos
 emperrado enloquecido
 mientras su terquedad lo iba encerrando
 en un cuidadoso capullo de tristeza
 del que después
 de tres días y tres
 noches de pasión angustia olvido
 saldría transformado
 en un maldito oficinista
 con asistencia perfecta

Los perros aúllan en la noche
 la luna baja y los cubre, los abre al medio con un rayo fino
 \como un bisturí
 Y de sus entrañas sale un último aullido
 Y amanece

9 2

Ya no quedan inocentes
así que dejá que brillen tus ojos

Ante todo
mucha paciencia
Roma no se construyó en un día
advierten quienes
han ocupado toda su vida
en destruirla

Mi locura
tiene montañas
y un permiso especial
para volver a casa

Es posible que el silencio enloquezca un día y comience a decirnos cosas. Es posible que se acerque a nuestros oídos, rumiando ausencias y soledades, preguntando por voces tan lejanas como eternas, buscando esos ruidos que pintaban tan claramente las vidas. Y que, escondiéndose en esos olores, disimule su derrota. Es aún más posible que el silencio ya haya enloquecido, y sea él quien nos hace llorar, incomprensiblemente, en las noches.

Una sombra no da sombra
Y la vida no perdona
lo sabíamos
Mañana no sabremos nada
Somos como esos dos tipos
tirados en los sillones de algún hall
de un color aburrido elegidos
en alguna olvidada reunión de consorcio
Pasaremos como esta luna que se va
Que ya se fue
La música ya no suena
aunque la banda esté tocando
Ya no hace frío
No puede hacerlo
El invierno hoy es un espejismo
donde yo vivo
sin saberlo

Está escrito en algún lado
El cielo se enrollará como un libro
Bajarán llamas a quemarnos
Temblará la tierra
Un apocalipsis, más o menos final
Sucederá
Y lo peor de todo
es que sólo podremos sentarnos a mirarlo
Espero disfrutar del momento
será como verte dormir

Ella era mi diosa del sexo mi brillante
en un ombligo mi viaje sin boleto
Ante todo buenas noches, supe
decirle, educado, al conocerla
Fue entonces cuando pude mirarla
Y tal vez perderla en ese bosque
Donde a uno le gusta buscar
todo lo que encuentra

No bajes la cabeza dentro de las ruinas
Es así como el toro asume su papel
Sin protestar

De espejo en espejo van los sueños, esos fantasmas azules. Llevando a la rastra a los soñadores que, ignorándolo todo, los siguen tímidamente. Los sueños sólo existen entre sus reflejos infinitos, es algo que los soñadores jamás podrán saber y los sueños se cuidan muy bien de revelarlo. A veces, quienes se reflejan en los espejos no son los sueños sino los soñadores. Y entonces, sólo entonces, aparece una pesadilla. Esa imagen roja que se hunde en la carne.

Con ruido ensordecedor, la alarma continua funcionando cuando todos han abandonado el edificio. Se oyen a lo lejos las familiares sirenas de los bomberos acercándose. Los vecinos comienzan a rodear la casa con la mirada perdida, hipnotizados por el fuego. Súbitamente, y de un solo soplido, el niño apaga entonces las velas de su cumpleaños. Toda la familia, contenta y satisfecha, aplaude alegremente al hijo menor y, luego de cortar la construcción en porciones iguales, se alejará comiendo hacia las montañas, aplastando edificios bajo sus inmensos pasos.

Después de decir su célebre frase, “es un pequeño paso para mí, pero un salto inmenso para toda la humanidad”, el negro Louis apoyó la trompeta en el vidrio de su escafandra y empezó a tocar como los dioses, como nunca, como merecía la ocasión. Caminando por la luna como lo había hecho por las calles de Saint Louis, su trompeta sonaba majestuosa, y llenaba de swing todos los parlantes de la Nasa, las pantallas de TV en directo y las páginas de la historia: “La primera trompeta del hombre en la luna”.

Louis Armstrong infla sus mejillas, y mientras domina la melodía piensa en el color de su piel dentro del traje presurizado, ese color de la noche que hoy lo tiene realmente en su centro. Porque allá abajo, los enamorados se besan y acarician en algún viejo zaguán y sus ojos sólo se separan para juntarse en la luna. Allá abajo, los ladrones esperan la billetera que va a salvarles la noche, emboscados en una esquina con su farol convenientemente roto por un piedrazo y con el sombrero torcido, media cara solo iluminada por ella.

Allá abajo, noche es luna y luna es noche, piensa Armstrong sin dejar de tocar, caminar por la superficie lunar y clavar banderitas. Su trompeta y su traje espacial se pasean en blanco y negro por los televisores de todo el mundo, dando saltitos graciosos y pasos históricos. Y el negro Louis piensa, mientras sus labios y sus pulmones llevan el ritmo de alguna melodía, qué lástima que Aldrin y Collins no hayan traído su bajo y su batería. Está comprobado, piensa Louie. La luna sólo necesita agua y jazz. Y entonces se llena.

9 3

Los ojos no le temen a la oscuridad
se entusiasman ante tantos posibles

–¡Que le corten la cabeza! –gritaba la reina de corazones en algún juicio célebre. Es quizás, en el cuento, un síntoma de locura. Aquí es la mas austera lucidez.

Simplemente, el mar existe
es algo que no se puede negar
Sobre todo si uno está ahí
solo
y ahogándose

No le pudo creer nunca
y por eso nunca existió
Ella era cuando quería siempre contundente
Era una muralla contra la cual sentarse a esperar
Se creía, y por eso era, inmortal
y bajo su peso todos íbamos muriendo incansablemente
Siempre partía y volvía a partir
el regreso era en secreto
hasta para sus rencores
Una noche su sueño no la soportó más
y escapó con uno de sus amantes
lleno de rencor
Le dejó pesadillas e insomnios feroces
que nunca se dejaban convencer
ni seducir ni nada
y la mantuvieron despierta
para toda la vida

Caminan pegados a la orilla, como si temieran caminar sin tener una guía clara. Miran el mar y sus ojos brillan, olvidando antiguos temores. Corren entonces, revolviendo la arena. Desaparecen detrás de la primera colina y no vuelven.

Nunca supe qué decirle a una mujer bella salvo que es una mujer bella
y esas cosas que no sirven de nada porque ella ya lo sabe siempre es
así en esta vida las cosas más importantes ya fueron dichas y sólo nos
queda preocuparnos hacernos mala sangre por lo que no importa por
lo que nos hace zancadillas en cada esquina en cada baldosa de esta
ciudad que no nos mira a la cara cuando decide que nos llueva.

En una noche como ésta
me tranquilizo tirando una pelota de goma
contra la pared blanca
El teclado descansa a mi lado
mientras dejo huellas en la pared del cuarto
Lanzo la pequeña pelotita amarilla con algo de furia
con una morbosa monotonía
y sus rebotes son siempre los mismos
hasta que
acelerándose de manera casi imperceptible
la tensión destruye el equilibrio
y mi mano queda vacía
la pelota rebotando lejos
la pared manchada
y mi vida tercamente inconclusa
en una noche como ésta

El cielo se oscurece
sopla algo de viento
un trueno
y llueve
entonces ellos salen
Esperan encerrados en sus casas
con las persianas bajas y las botas puestas
ansiosos
Miran el reloj mil veces pero saben esperar
los malditos
Esperar las nubes esperar la tormenta
esperar que llueva para salir a cazar
La lucha jamás ha sido declarada
pero como perros y gatos
sucede
El comienzo es incierto y su final
imposible
Llueve, y ellos salen
Entonces aún más oscuridad
Salen
Y nos cazan

Los profetas piden un cadáver y
ciegos vencidos
se condenan
Ya no hay tiempo para los asesinos
Llegan tarde, profesionales
Son los días de los amateurs
El mundo se entrena con sus entrañas
mientras pierde la voz

Se que ya no hay misterios
 Que las lentes omnipresentes del mundo
 vendan mis ojos
 Vigilan mis pasos con la nitidez del primer plano de la
 \estrella
 la terquedad de un marcador de punta a prueba
 la crueldad de un docente convencido de la eficacia del
 \sistema educativo
 Se que ya no hay misterios que te pueda ocultar
 Así que juego con mi corazón en primer plano
 mientras me desangro a todo color
 y en horario central
 por tu ausencia

Vos y tus ojos
 son todo ese mar empecinado
 en dejar sólo arena
 de mis huesos

Fuego
Fuego tras las colinas
Roma se incendia
Llamas
Llamas hasta el cielo, arañando las nubes
Roma se incendia
Y ya sabemos desde hace tiempo
que Venecia se hunde

Ninguna historia me dijo
ninguna historia sólo la verdad
me dijo y me puso en problemas
El mundo tiene manija y bozal
explicó entre manotazos
creyendo fielmente en lo que decía y en
sus nueve nuevos mandamientos tan meditados en silencio
otras tardes otros reproches otras mentiras
El mundo es tu juguete me acusó me rogó
y se dibujó atrapada a algún polo
norte o sur qué importa qué interesa
El mundo es uno solo me tentó en un arranque de certeza
y la vida me dijo la vida querido
la vida es otra cosa

ra oyentes desprejuiciados

domingo en una
Piso 93,
jóvenes
propuesta

mo huele tu domingo" estimuló las interven-
ciones —unas veces románticas, otras humo-
rísticas— de la audiencia. La historia de E
nando, quien no debía pasar
un sello tan



En pleno el equipo de Piso 93. De izquierda a derecha: Claudio Kleiman, Rafael Hernández, el Ga-
villán Pollero y el Pento, operador



14

ENTREVISTA

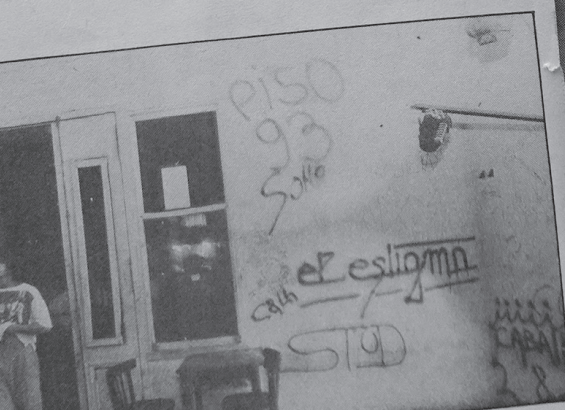
Rafael Hernández

Locutor

Durante siete años, *Piso 93* —“un programa de miércoles”, como se definía—, marcó un espacio de distinción en la FM. Fue un ciclo con una audiencia, una duración y un formato indefinidos. Podía llamar gente de cualquier edad a una radio (la Rock & Pop) que apuntaba a los adolescentes, tenía hora de inicio pero no de

final, y nunca en esta nota, el cond-
nández intenta de-
continuó el ciclo,
Martín Pérez y
hacían para que
dara en el recuer

TRANSFORMACIONES



Hit de Caras Mas Caras es elocuente: *Piso 93*, el programa de Hernández y Kleiman, fue
e los mejores del '88.

PISO 93

5-4	16-8
12-4	23-8
19-4	30-8
26-4	6-9
3-5	13-9
10-5	20-9
17-5	27-9
24-5	4-10
31-5	11-10
7-6	18-10
14-6	25-10
21-6	1-11
28-6	8-11
5-7	15-11
12-7	22-11
19-7	29-11
26-7	6-12
2-8	13-12
9-8	20-12
	27-12
	3-1

PIRO

DOMINGO - DIOS CINE - POLICIAL
LA LUNA - GATOS Y PERROS
DESEO - POSTER - LA BEATLES
LUNA - MAQUINAS - SUPERHER
MENTIRA - NOCHE - VOLAR
DESEO - LA AUSENCIA
DESPUES - EL OLVIDO
DESEO -

El piso que es un techo

La cultura no existe, reza la actual prom-
ción de *Piso 93*, el programa que la FM Ro-
and Pop emite los domingos a partir de las 22.
Lo siento... por la cultura, rezaba la del año
pasado. Y sin dudas, poco es lo que esto tiene
que ver con la realidad de un programa que, a
lo largo de dos años, ha crecido a tal punto que
resulta insoslayable a la hora de trazar un mapa
de la FM de los últimos años.

Porque *Piso 93* tiene, de un tiempo a esta
parte, todo que ver con la cultura que se cocina
(y come) en esta ciudad. Desde Filo Páez y un
extenso reportaje de más de cuatro horas, hasta
León Gieco guitarreando, pasando por los cua-
renta temas de la historia del blues o los cua-
renta otros temas de los Rolling Stones.

Comenzaron, allá arriba, Rafael Hernández
—el dueño del piso—, Bobby Flores y El Gavi-
lán Pollero. A Flores le siguió

Un programa de miércoles

“EL CAMINO TERMINA, el viaje comienza.” Esa era una de las frases de cabecera de *Piso 93*, el primer gran programa de culto de la trasnoche de la Rock & Pop. Todos los poemas incluidos en este libro fueron leídos ahí, en el *Piso*, entre fines de los ochenta y comienzos de los noventa, por la voz de Rafael Hernández, conductor y alma máter del proyecto, y atribuidos al final de cada una de las emisiones a El Gavilán Pollero, mi seudónimo por aquellos años iniciáticos. Aunque el Rafa recuerda apropiadamente que no les decíamos “poemas”, sino que apenas nos referíamos a ellos como “textos”.

El *Piso 93* siempre fue conocido como el programa del Rafa, y es justo que así haya sido, porque se lo cargó al hombro durante sus siete años de existencia. Pero la idea original la tuvo junto a Bobby Flores, por entonces algo más que uno de los programadores musicales de la radio. La voz de Hernández identificaba a la aún flamante emisora en las promos e institucionales, pero desde que la Rock & Pop había dejado de pasar solo música e incorporado programas al aire, todavía no tenía el suyo. La ingeniosa y sencilla idea pergeñada junto a Flores le calzaba justo: pasar un disco completo, llenando los inevitables silencios entre los surcos —y, fundamentalmente, generando el tiempo necesario para dar vuelta el vinilo— con pequeñas historias grabadas previamente, que acompañasen el clima generado por el álbum en cuestión. Los discos los ponía Bobby, por supuesto. La voz sería la del Rafa. Y los textos, casi desde el comienzo, terminaron siendo mi responsabilidad.

Aquella primera frase, la que abre estas líneas, es de Pier Paolo Pasolini. O, al menos, forma parte de una de sus películas, la extraordinaria *Pajarracos y pajaritos*. Con el Rafa —al que creo haber conocido antes de ser iniciado en el *Piso*, seguramente gracias a ese gran entrecruzador de caminos que siempre fue Alfredo Rosso— descubrimos

que ambos nos fascinamos cuando la vimos en la sala Leopoldo Lugones. Así que se convirtió en una de nuestras abanderadas a la hora de construir, ladrillo a ladrillo, la estética contracultural de nuestro refugio. “No se busca, se encuentra”, decía otras de las frases de la película de Pasolini. Y allá íbamos, encontrando.

Todo se mezclaba en el *Piso*. Todo se mezclaba, claro, también en aquellos tiempos en que aún revolvíamos los tachos de basura del sistema –Indio Solari nunca mejor dixit– para rescatar algo que nos interperase. Para nosotros, el rock no era solo esa frase festiva pero, a fin de cuentas, vacía y de postal, que lo traía de furgón de cola dentro de una enumeración que comenzaba con sexo y drogas. Apropiándonos de ese vacío eslogan impreso en los discos (¡y casetes!) industria nacional de aquel entonces –Disco es cultura– para nosotros la cultura venía del rock. Rock era cultura y había que buscarla en sus surcos, descubrirla las pistas escondidas en el arte de tapa de los discos, buscar las señales que nos llevasen hacia libros que leer, historietas que perseguir, personajes a los que escuchar, películas para ir a ver. Todo eso sin dejar afuera al sexo y las drogas, de ser posible.

Cartoneros de la baja cultura, en el *Piso* contrabandeábamos nombres, épocas y estilos. El Rafa eligió ese inolvidable *I’m sorry* pre-rocker de Brenda Lee para la primer promo –en la que agregaba, irónico: *Lo siento por la cultura*– y era capaz de hacer sonar a Carlos Gardel en la Rock & Pop y que no se sintiera fuera de lugar, mientras yo me empecinaba en hojear la *Fierro* o *El Porteño* además de la *Cerdos y Peces*. Podíamos traducir letras de Tom Waits y Jello Biafra, pero también adaptar textos de Cortázar, Fontanarrosa e incluso de Juan Gelman para ser leídos, musicalizados y pasados en el programa. La época aún imponía cerrar filas alrededor de un “nosotros”, sí, pero también era necesario escaparle a las trampas de esa pertenencia. Por eso el rock, y también por eso todo lo que estaba más allá del rock. Eran tiempos cínicos y dark, pero en el *Piso* nunca dejamos de creer. Y abríamos los brazos, juntando tesoros y compartiéndolos.

A pesar de que terminé siendo uno de los grandes compinches del Rafa a la hora de armar el *Piso*, entré al programa de la mano de Bo-

bby Flores. Por entonces yo era apenas un estudiante primerizo de la flamante carrera Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires, había pasado de trabajar en una librería de usados sobre la avenida Santa Fe a ser el responsable del depósito de una fábrica de ropa ubicada en Núñez (podía ir vestido como quería y no se trabajaba los sábados), y –algo mucho más importante en esta historia– como la mudanza laboral me permitió tener la radio siempre encendida terminé convirtiéndome en un activo oyente del programa *Radio Bangkok*, conducido por Lalo Mir en las mañanas de la Rock & Pop, un creciente fenómeno radial del que formaba parte Flores.

Mi seudónimo para dejar mensajes en *Bangkok* fue El Gavilán Pollero, a tono con las bizarras referencias animales y de dibujos animados del resto de los oyentes tan activos como yo, y así fue como me presenté en su momento ante Bobby: apenas en condición de oyente. Nunca me imaginé que semejante seudónimo inventado de apuro pasaría a ser mi nombre durante tanto tiempo. Aún hoy, los que me conocieron en aquellos iniciáticos tiempos radiales y rockeros me llaman de esa manera.

Como el Gavilán, entonces, fue que llegué a mi primera grabación en el pequeño estudio ubicado al fondo de las oficinas comerciales de la radio, que ocupaban todo un piso de un enorme edificio ubicado en Alem y Córdoba. Necesitaban alguien que aportase esos textos indispensables tanto para el clima del programa como para su concreción práctica, y yo caí con algunos escritos a modo de muestra y un cuaderno espiralado a medio completar. No recuerdo el disco para el que había que llenar los silencios, pero los textos –pocos– tenían que ser sobre el espacio. La oscuridad. Lo eterno. Cosas así. Revisé entre lo que había llevado, garabateé algo ahí mismo sobre una de las páginas vacías del cuaderno, el Rafa lo leyó al micrófono y quedó grabado en la cinta que acompañaría al disco aquella noche. Y yo también quedé. Se pasaba muy rápido de un lado al otro del parlante en aquellos heroicos tiempos radiales. Si demostrabas que eras capaz de hacer algo que servía y querías volver a hacerlo cuando hiciera falta, estabas dentro. Eso sí: la entrada era gratis, la salida también.

Muy rápidamente, la idea del programa dedicado a compartir solo un disco quedó relegada, y lo mismo sucedió con la participación de Bobby. Pero *Piso 93* no se había terminado, sino que recién empezaba. Pasó a ser simplemente el programa del Rafa: ahora que había conseguido un lugar propio no era cuestión de dejarlo escapar. La base era

seguir programando música especial, difícil de conseguir, para iniciados, por momentos al límite del estilo de la radio y siempre llena de sorpresas. Sin Flores hacía falta alguien que la eligiese, y los programadores fueron variando. Según recuerdo, el primero fue Daniel Ladogana, un sobreviviente de viejas épocas de la sofisticada FM porteña previa a la masividad que le otorgó Rock & Pop. Durante esa primera época, el programa arrancaba la medianoche de los martes –“los martes, un programa de miércoles”– y duraba lo que tenía que durar. Una noche, Ladogana no llegaba, y el Rafa se hartó de esperarlo. Puso *Muchacho del taller y la oficina* de Moris, cuando terminó dijo que con eso estaba todo dicho y nos fuimos. Fue el programa más corto que hicimos. Y también la despedida de Ladogana. A partir de entonces, los que musicalizarían serían los amigos... pero qué amigos: Alfredo Rosso, Claudio Kleiman y Sergio Marchi, cuyas selecciones –bluses más, new wave menos– siempre supieron honrar la idea de que el *Piso* era algo especial.

Cuando el programa pasó a hacerse en vivo, no alcanzaba sólo con la música y los textos grabados en Alem para ser justamente eso, un programa. Lo primero que se le ocurrió al Rafa fue abrir el teléfono, usar la voz de los oyentes, sacarlos al aire, invitarlos a subir hasta el *Piso* 93.

Enseguida descubrimos dos cosas: una, que la Rock & Pop tenía oyentes dispuestos a llamar a cualquier hora. Y dos, que a esos oyentes de cualquier hora, antes de dejarlos hablar, había que proporcionarles un tema. Si no todo se transformaba en un blues, pero sin ningún swing. Para hablar mejor de ellos mismos, descubrimos, tenían que hablar de otra cosa. “Salí a la calle, en tu casa no pasa nada”, era otro de nuestros eslóganes. No sé de donde lo sacó el Rafa –no estaba en la película de Pasolini, al menos–, pero la idea que terminó construyendo al *Piso* fue básicamente esa: salí de vos, hablemos de eso que está ahí afuera, de eso que se puede ver 93 pisos más abajo.

Así fue como se empezó a gestar el plan de lo que sería el programa. Primero, había que elegir un tema del que hablar: los trenes, la noche, el diablo, las mujeres, los amantes, la basura, y la lista puede

seguir. De hecho, habíamos efectivamente confeccionado una lista con temas posibles, en la que fuimos tachando y agregando opciones durante todo el tiempo que duró el *Piso*. Deben haber quedado algunos a los que aún les debemos un programa.

Había un detalle fundamental para que un tema formase parte de esa lista: tenían que poderse reunir a su alrededor muchas canciones. Sin música, no había *Piso*. Después de la aprobación de los musicalizadores venía lo mío: había que reunir los textos que invitasen a los oyentes a llamar por teléfono. Mi trabajo era copiar, robar y adaptar. Algo que hacía sin problemas, tanto con cosas ajenas como propias. Esa era mi tarea junto al Rafa antes de la salida al aire: preparar los cuatro o cinco textos –más la fundamental apertura– que él musicalizaría y grabaría en el estudio, y tendríamos listos para ir mandando durante la noche.

Durante la semana, con la ayuda de recortes de diarios, revistas y una pequeña biblioteca de volúmenes con textos cortos que fui reuniendo programa a programa –donde se mezclaban desde unos obvios *Pequeños poemas escritos en prosa* de Baudelaire y *Crónicas de motel* de Shepard, hasta los no tanto *Poemas chinos* de Laiseca o *Historia de los ferrocarriles argentinos* de Raúl Scalabrini Ortiz–, los textos iban apareciendo. Recuerdo el rito de estar escribiendo en un cuaderno en la tranquila sala de lectura del Ministerio de Educación porteño, y luego cruzar la plaza Rodríguez Peña para bajar al aula donde se realizaban los talleres de escritura en la Facultad de Ciencias de la Comunicación, ubicada en Callao al 600 –una vieja casona que ocupaba el terreno donde hoy se yergue un edificio en cuya planta baja funciona Notorius– para pasar los textos en una de las tantas máquinas de escribir del lugar.

Siempre hubo lugar también para colaboradores ocasionales, desde Richard Coleman traduciendo a William Blake hasta el amigo Javier Martínez Zuviría escribiendo de la seducción de los taxis libres buscando pasajeros por las calles de Buenos Aires. El Rafa no tenía empacho en garronearle textos a todos los que conocía. Creo que hasta el Indio Solari debe haber colaborado con alguno. Más adelante se sumarían autores fijos, como un Pedro Saborido que aún era inseparable de Omar Quiroga, escribiendo un cuento magistral tras otro por programa (algunos han sido recuperados en los libros de Peter Capusotto), o el efectivo Pulpo Manotas –sí, los seudónimos animalados y animados estaban evidentemente de moda– al que arrimé desde

La Tribu y que terminaría heredando la responsabilidad de los textos cuando finalmente yo dejé de hacerlo.

Una de las imágenes que tengo asociadas con las noches de *Piso* es la del moño y el rulo de Riverito, que hacía su *Danza de la Fortuna* en el estudio de AM, el de la Radio Buenos Aires, emisora a la que la Rock & Pop le alquilaba su frecuencia FM. Aunque era radio, al mítico Roberto González Rivero siempre se lo veía empilchado tal como salía por la televisión, e incluso en una charla informal de pasillo modulaba su voz como lo hacía al aire.

Aquel edificio sobre Avenida Belgrano en el que estaban las radios era muy particular, lo recuerdo como el banco del tío multimillonario del Pato Donald: una caja cuadrada con una puerta a la calle. Abajo había una amplia recepción y una escalera enorme, y arriba estaban los dos estudios pegados, el de AM y FM. Lo raro de la disposición de ese primer piso dedicado a las radios era que para ir del estudio al control –ambos enormes, separados por un vidrio– los de FM debíamos dar toda una vuelta por un largo pasillo, rodeando los vecinos estudio y control de AM. No es algo común, ya que por lo general en cualquier radio se puede ir del estudio al control directamente, simplemente abriendo una puerta. Así que para llegar a tiempo con algún mensaje, disco o lista de temas, había que salir con tiempo (algo que no suele sobrar en radio) o estar dispuesto a correr.

Además del estudio y el control, la FM tenía un cuarto de producción, donde estaban los teléfonos. Estaba separado del control por otro vidrio, algo más pequeño, acorde a las medidas del cuarto. Como esa ventana estaba enfrentada a la que comunicaba con el estudio, quien estaba al aire además de ver el control también podía ver lo que sucedía en la producción, dos vidrios más allá. Ahí, en ese pequeño cuartito alargado que daba a lo que sería el patio trasero de la emisora, donde estaban los baños y –mucho más importante– la enorme antena de la radio, era donde cada noche el programa se jugaba su destino.

Siempre pensé que hacer el *Piso* era como intentar fijar dunas en la costa. Es imposible moldear la arena, lo único que se puede hacer es plantar postes y raíces aquí y allá, y después hay que esperar que el

viento y el tiempo hagan su trabajo. El territorio de nuestro programa era el tema elegido durante la semana, nuestros palos eran los textos musicalizados y grabados por el Rafa, y las raíces eran la música seleccionada. Pero, aún teniendo todo listo a la hora de salir al aire, y como debería suceder siempre en esa tierra mágica que es la radio, nunca sabíamos realmente lo que podía pasar. No sabíamos, por ejemplo, cuánto iba a durar el programa. Sí, teníamos cierta cantidad de música, pero todo podía terminarse antes de necesitar usarlas todas. Y también podían hacer falta algunas más. Nos podíamos tomar esas libertades porque no había nadie después de nosotros. Apenas un operador, una pila de discos y una voz grabada en una cinta abierta para anunciarlos.

Lo que terminó siendo la clave del programa fue que nos entregamos totalmente a ese destino. Dejábamos todo preparado sólo para ver qué era lo que traía hasta nuestros pies la marea de los llamados telefónicos de trasnoche. Ese era justamente mi trabajo al aire: atender esos teléfonos que siempre estaban sonando. Por las noches, cuando se terminaban los programas en vivo y empezaban los discos y las voces grabadas, ese cuartito de producción de la primerísima Rock & Pop era tierra de nadie. Si había alguien aburrido, se iba hasta ahí, levantaba algún auricular, y se quedaba charlando con la voz que le tocaba en suerte. No eran pocas. Por eso, la señal de que nuestros oyentes nos habían encontrado no era que sonasen los teléfonos durante el programa. Sino que, cuando los atendiésemos, preguntaran por nosotros.

A la Rock & Pop jamás le interesó el *Piso 93* lo suficiente como para pagarnos por hacerlo, pero igual el programa terminó encontrando su lugar, tanto hacia dentro como hacia afuera de la radio. Como era la puerta para salir a jugar del Rafa, la voz de la emisora, había un cierto respeto y hasta curiosidad de sus colegas por ver lo que nos atrevíamos a hacer en nuestro arenero. En aquellos tiempos iniciáticos de los martes, íbamos después del programa de Pergolini y De La Puente, y ambos generalmente se quedaban a escuchar cómo elegíamos empezar. Recuerdo un martes 13 en que, justamente, el programa

trató sobre eso. Salió la apertura grabada ese mismo día en el estudio de Alem y después, pegadito, arrancó *Superchería* –cuya letra comienza gritando “¡Superstición!”–, el tema de *Artaud*. Mario pegó un portazo y se fue puteando, pero con una sonrisa en los labios, casi como sacándose el sombrero ante lo acertado de una elección que había tenido todo el día a su alcance, sin haberla visto antes de que empezase a sonar en el *Piso*.

Como hijos no deseados de la Rock & Pop, podíamos jugar con eso. Éramos los descartados, los que nos habíamos colado entre las grietas del negocio, pero no para escondernos en nuestro propio mundo o para quejarnos por lo injusto de nuestro destino. Sino que nuestra ambición era alcanzar a capturar algo de eso que está ahí, a la vista de todos, pero que nadie lo percibe hasta que está sonando. Para intentar lograrlo teníamos la inestimable ayuda de la popularidad que la radio había alcanzado rápidamente, fruto de la particularidad de aquella época posdictadura y pre Internet, en la que todos parecíamos estar mirando lo mismo. Solo así se puede explicar la magia que lográbamos conjurar en algunas emisiones, cuando gracias a esos teléfonos que no paraban de sonar aparecían las voces perfectas –con testimonios imposibles de encontrar en una reproducción– para terminar de cincelar programas que nos terminaban llenando de orgullo. Casi como si fuesen ajenos.

Sin embargo, cuando hoy se recuerda al *Piso 93*, lo primero que aparece en la memoria colectiva –en Google, o sea– no son aquellos programas temáticos sino los reportajes. Por ejemplo, aquellas visitas solitarias del Indio Solari primero, y luego junto con Skay y Poly, en épocas en las que el grupo paulatinamente empezó a alejarse de la prensa y el *Piso* terminó siendo la única forma de escucharlos debajo del escenario, son hoy parte esencial de cualquier biografía de Patricio Rey y Sus Redonditos de Ricota. Pero no solo ellos: todos, o casi todos los artistas importantes del rock nacional de la época pasaron en algún momento por el *Piso*. Recuerdo a León Gieco, por ejemplo, llegando al estudio con una pila de discos sin abrir, tesoros de una reciente gira europea, que terminamos descubriendo y estrenando al aire. Y también una visita de Fito Páez con larga sobremesa posterior en su hogar de entonces, con Fabiana Cantilo como anfitriona. Y también Charly García o Spinetta, entre tantos otros. Todos con la misma consigna que la del resto de los programas: sin límite de tiempo, de ser posible con ellos trayendo su

música, y también ganas de hablar, incluso de responder preguntas de los oyentes.

Los responsables de esas visitas eran nuestros musicalizadores de lujo, en realidad periodistas consumados, que eran los verdaderos productores de esas veladas y por lo general también los que llevaban adelante la charla junto al Rafa. Para nosotros, sin embargo, esas entrevistas significaban un descanso de la maquinaria que poníamos en funcionamiento para cada programa. El día que había invitado no había que escribir ni grabar nada. Era casi un día libre.

Como dije al comienzo de estas líneas, todos los textos incluidos en este libro fueron leídos al aire en el *Piso 93*, por la voz del Rafa. Alguno quizá ya estaba bocetado en las páginas de ese cuaderno espiralado con el que me presenté en primera grabación, pero la mayoría fueron escritos con el correr de los programas, la vida y demases. En algún momento empecé a separar los que me parecía que podían tener una sobrevida más allá del programa, acá abajo, 93 pisos debajo. Pero ahora creo que lo que se leyó en el *Piso* merece ser recordado junto al *Piso*. Si la música está en los cables, la radio siempre está en el aire, y el aire no se puede embotellar. Pasa y se va. Lo que queda, bueno, es simplemente parte de algo que ya no está. El *Piso 93* estuvo en la Rock & Pop durante siete años, el tiempo le deparó destino de pequeño mito en sus comienzos, y luego apenas si fue durando, desapareciendo lentamente como la época que lo vio nacer.

No salió de la nada, por supuesto. Un programa como el *Piso* no existiría, por ejemplo, sin antecedentes como *El submarino amarillo*, en particular aquella versión en que la música se sucedía sin que nadie se detuviese a explicarla, apenas acompañada entre tema y tema por efectos de sonido o voces fantasmagóricas. Si es que se puede considerar un fantasma al Pájaro Loco, claro. Otro referente fue sin dudas el cultísimo y heterogéneo *Sueños de una noche de Belgrano*, el programa temático que Martín Caparrós y Jorge Dorio hacían en la particularmente libre Radio Belgrano de comienzos de la democracia alfonsinista. Seguramente al Rafa –más animal de radio que yo– se le ocurrirían muchas otras opciones. Y así como fue influenciado, el

Piso también supo dejar su huella. Alguien me dijo alguna vez que, en las primeras radios comunitarias locales, los programas que proponían los conductores espontáneos que se acercaban a ellas solían ser básicamente de dos clases: barderos o temáticos. A lo *Bangkok* o a lo *Piso*, digamos.

A nuestra manera, sin embargo, nosotros también podíamos ser barderos. En aquella noche dedicada al martes 13, el Rafa –un racionalista convencido– no tuvo ningún problema en nombrar a todos los artistas considerados mufa dentro del medio radial. No son pocos. No me voy a olvidar nunca la cara de pavor de Claudio Kleiman –musicalizador del programa por entonces–, que ya no sabía cómo agarrarse los huevos ante cada nueva mención. Un par de días después, una tormenta tumbó la antena de la radio, que colapsó sobre sí misma en el patio del edificio. La Rock & Pop estuvo fuera del aire durante un tiempo, y nadie dudó ni siquiera un segundo de quiénes habían sido los culpables del accidente.

Pero hubo un bardo mas memorable, que fue el que se armó alrededor de la particular idea que tuvo el Rafa para recordar el terrible aniversario de la bomba atómica lanzada sobre Hiroshima. Preparamos un texto bien corto y preciso para arrancar el programa, inventando una difusa noticia internacional vinculada al posible lanzamiento de misiles en el hemisferio norte seguida por un comunicado supuestamente oficial en el que se detallaban las precauciones que había que tomar en caso de ataque nuclear. El Rafa lo grabó con tono urgente, y lo repetimos varias veces durante la primera media hora, intercalado entre temas alegóricos.

La idea era transmitir cierta inquietud, intentar acercarnos junto con nuestros oyentes a la tensión previa a semejante acontecimiento, pero nunca pensamos que alguien se lo podía tomar en serio. Supusimos que la música elegida alcanzaría a completar el guiño cómplice y ayudaría a desactivar cualquier posible malentendido, pero nos dimos cuenta de que tal vez habíamos sido demasiado convincentes cuando empezaron a sonar los teléfonos, no solo de la FM sino también de la AM, con voces de gente alarmada y preguntando qué era lo que estaba pasando, y puteando cuando intentábamos explicarles de qué iba la cosa. El pequeño revuelo mereció incluso alguna pequeña mención en los diarios, y en los libros de Carlos Ulanovsky sobre el medio quedamos inmortalizados como el programa que intentó acercarse a la famosa versión radial de *La guerra de los mundos* que alguna vez hizo Orson Welles.

Nunca llegamos a tanto, por supuesto. Apenas si fue un malentendido, una *boutade*, como lo fue nuestra supuesta responsabilidad en la caída de la antena de la radio, mufa mediante. Sin embargo, uno de los mejores regalos que atesoro de *Piso 93* es el relato de lo que sucedió en un colectivo suburbano, en las afueras de La Plata. Ex baterista de Estelares y hoy en Mostruo!, cuando Luciano Mutinelli se enteró que yo había trabajado en el programa me echó en cara que se había pegado el susto de su vida aquella noche volviendo a su casa, cuando la música que sonaba en la radio se interrumpió por nuestra trampa apertura de programa. Se hizo silencio entre los pasajeros, que escucharon atentamente el anuncio, y cuando volvió a sonar la música todos se quedaron callados mirando hacia los parlantes, esperando mas noticias. Pero volvió a escucharse la misma grabación, y Luciano recuerda que fue entonces cuando se empezó a poner un poquito nervioso. Su parada llegó antes de que el Rafa finalmente abriera la emisión de esa noche recordando que a los habitantes de Hiroshima nadie les había dicho lo que debían hacer en caso de ataque nuclear. Por eso fue que caminó las cuadras que lo separaban de su casa con la vista perdida en el cielo, esperando ver algún tipo de luz, pensando que había empezado la tercer guerra mundial.

Ese malentendido, esa otra *boutade*, fue real para Luciano durante el camino hacia su casa. Tan real como siempre lo fueron para nosotros esos 93 pisos de altura desde los que miramos el mundo durante cada una de aquellas noches mágicas y memorables.



Martín Pérez nació en Buenos Aires en 1967. Es uno de los editores de “Radar”, suplemento cultural del diario *Página/12*, y periodista especializado en cultura popular y masiva desde hace casi tres décadas. Trabaja principalmente en radio y prensa gráfica. Fue redactor creativo en Radio Mitre, columnista en los programas de Luis Majul y Mario Wainfeld y conductor del programa diario *Lo que mas me gusta hacer* (FM Supernova). Aprendió el oficio de periodista de rock en la revista *Rock & Pop* y el suplemento “No” de *Página/12* y ejerció la crítica cinematográfica durante una década en la sección “Espectáculos” del mismo diario, entre otros trabajos. Fue uno de los fundadores de FM 88.7 La Tribu (www.fmlatribu.com) y, también, de la revista *La Mano*, de la que integró su Consejo de Dirección. Sus artículos fueron publicados regularmente en las versiones locales de las revistas *Rolling Stone* e *Inrockuptibles*, y fue corresponsal de los suplementos “Zona de Contacto” y “Wikén”, del diario *El Mercurio* (Chile), y de las revistas *Postdata* (Uruguay) y *Efe Emé* (España). Sus notas forman parte de los libros colectivos *Los Redondos* (1992), *Las mejores entrevistas de Rolling Stone* (2006) y *Cine argentino 90/08* (2008). Su indulgencia preferida es mantener activo su programa de radio on line *Música cretina* (musicacretina.blogspot.com). La producción de *Piso 93* fue su primer trabajo en los medios.

SOBRE MARTÍN PÉREZ

Por Juan Manuel Strassburguer¹

Conocí a Martín Pérez por *Música cretina*. En realidad, él hacía años que escribía para *Página/12* (primero en el suplemento “No”, luego para la sección “Espectáculos” y después también en “Radar”). Técnicamente, ya lo conocía de ahí. Como todo aspirante a periodista de rock, identificaba las firmas de quienes ejercían el oficio. Los gustos y las maneras de escribir. Sus posicionamientos, estilos y argumentos. Y las notas de Martín, por supuesto, me gustaban. Pero –y acá está el punto– no de la manera en que me terminarían gustando después, cuando descubrí y me hice oyente de *Música cretina*, el programa que llevaba adelante en Supernova, la FM dedicada al rock de Radio Nacional, y que de algún modo se convertiría en su otro gran momento radial luego del que me convoca para este libro, *Piso 93*.

Era el año 2000. Primer año de la desilusión *delarruista*. Ya se veía que el plan de mantener la convertibilidad pero sin la corrupción menemista no sólo no funcionaba (había una recesión de aquellas) sino que lo de ser honestos tampoco se había cumplido (“Para los senadores tengo la Banelco”, pronto contaría Moyano que le había dicho Flamarique, flamante ministro de Trabajo, para “convencer” a los legisladores de votar la Ley de Flexibilización Laboral, aunque sin demasiado éxito). Era invierno y yo cursaba uno de mis años más grises en Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires. Materias como Historia Social General de Casuccio y Raggio. Economía de Jozami. Taller de Expresión 3. Todas muy buenas. Aunque los domingos la depresión social y personal era generalizada, y la radio

1. Periodista de espectáculos, cultura, tendencias y rock. Actualmente escribe en el suplemento “Sábado” de *La Nación* y “Radar” de *Página/12*. Entre 2009 y 2015 llevó adelante *Festipulenta* y *La hora pulenta* por FM Nacional Rock.

–no seré original– ayudaba a pasar el mal trance. Ahí en Supernova había varios programas que parecían a medida de un estudiante de Comunicación. Y *Música cretina* no era la excepción.

No hubo un instante epifánico. Uno en el que dijera *esto* es lo que quiero escuchar y éste el tipo al cual quiero prestarle atención. Sí una serie de momentos que me hicieron dar cuenta de que en ese programa iba a encontrar una mirada personal en el sentido verdadero de la palabra. Es decir: no la mirada de quien rellena “el aire” con frases hechas, enciclopedismo insustancial o esa vanidad repelente que aflora en no pocos cuando se tiene un micrófono adelante; y sí la de quien nos transmite historias reales y concretas sobre aquello que estamos escuchando y nos da su parecer sin editorializar.

Recuerdo la tarde que pasó “La luna en tu mirada” de Los Zafiros y yo no pude creer que surgiesen grupos así de misteriosos en Cuba. Claro, era demasiado joven (22 años) y pese a todo lo que ya había leído, escuchado y aprendido hasta ese momento de infinidad de bandas y solistas, todavía no tenía total conciencia del potencial que La Habana y Cuba más allá de La Trova podían tener. Prejuicios de mi mundo pequeño. También cuando escuché por primera vez “Con Abuelo”, esa rendición tan desgarrada y vital de Calamaro hacia su amigo y mentor Miguel Abuelo (la canción que definitivamente me hizo entender de qué iba la música de Andrés Calamaro) y Martín comentó que no entendía por qué a tantos periodistas les había parecido casi unánimemente que *Bocanada* de Cerati había sido el gran disco nacional del año anterior (1999) cuando para él era evidente que había sido *Honestidad brutal* (del cual había extraído “Con Abuelo”); el más cálido, el más intenso, el que sin duda más nos había hecho sensibilizar de los dos.

Pongo en contexto: en esos años las rimas consonantes de “Te quiero igual” y la tendencia de Calamaro de hacer discos cada vez más arrojados, sin preocuparse mucho por el qué dirán y los estándares de “excelencia” y “calidad” que supuestamente debía mantener una estrella como él, le habían merecido la sorna de no pocos en el ambiente crítico y rockero, que por contraste habían ponderado el evidentemente más perfecto *Bocanada* y su contraejemplo de clase y refinamiento. De hecho yo mismo había tenido al principio esa lectura. Pero la escucha de “Con Abuelo” me desarmó. Todavía vuelvo a verme, mientras escribo estas líneas, paralizado en mi dos ambientes de la calle Amenabar, sin poder decidirme si volvía al cuarto o si con-

tinuaba hacia la cocina (seguramente en procura de renovar el mate) porque no quería perderme ni un segundo de esa letra kilométrica y desgarrada que escuchaba por primera vez. Algo me estaba pasando.

Y no tenía que ver con cambiar un gusto por otro. O de creer que una colección de canciones podía ser “mejor” que la opuesta. Nada de eso. Tenía que ver, en todo caso, con poder llegar al meollo de la cuestión. Descubrir si en las entrañas de ese tema que nos afectaba había algo más. Y, si lo había, entender qué podía significarnos. A veces no había respuestas, claro. Otras veces incluso no importaban. No había tal cosa como un tesoro al final del arcoíris. Pero sí un involucrarse a fondo con la escucha y sus implicancias; la manera en que esa canción y sus timbres nos interpelaban, se metían en nuestro cuerpo. Y la necesidad por consiguiente de apartar todo lo demás: las tendencias del momento detectadas, el ejercicio o no del “buen gusto”, lo que está bien y lo que está mal.

¿Qué importancia podía tener todo eso otro una vez que se nos había hecho carne una canción –cualquiera fuera– y sus fantasmas? ¿Qué importancia podía tener que Los Piojos fuesen mal vistos por las revistas más especializadas –como recuerdo que una vez un oyente le avisó a Martín cuando imprevisamente los pasó en *Música cretina* y él contestó que tampoco había que tomar al pie de la letra lo que los especialistas criticaban o elogiaban– si un tema como “Ando ganas (llora llora)” nos conmovía? Ese programa y esas escuchas marcaron mi vida y me confirmaron recorridos, maneras de apreciar, que tal vez en un punto ya percibía o sabía, pero que necesitaba hacer más conscientes y palpables. Comprobar que no era el único que lo sentía así (y efectivamente no fuimos pocos los que a fines de 2001 con el cambio de Gobierno pedimos que siguiera *Lo que más me gusta hacer* –¡gran nombre!–, el programa de Martín que reemplazó a *Música cretina*, pero de lunes a viernes). Y que valía la pena.

Cuando varios años después nos conocimos personalmente, él ya estaba junto a históricos como Alfredo Rosso y Pipo Lernoud codirigiendo *La Mano* (su sueño hecho realidad de una revista propia de cultura rock) y tuve oportunidad de interactuar de otra manera: como colegas, trabajando. Ya sea como su productor de piso en un breve retorno de *Música cretina* en FM La Tribu durante 2010 así como mi editor en *La Mano* y más tarde en “Radar”, cuando empezó lentamente a compartir ese rol en el suplemento. De a poco nos fuimos haciendo amigos (siempre fue mucho lo que compartimos)

y pude conocer más de cerca sus cualidades como periodista gráfico más allá de lo radial. Cualidades que como lector ya apreciaba (porque eso que Martín transmite en la radio también guía su escritura; el concepto es básicamente el mismo), pero que como redactor bajo su órbita pude experimentar más fondo.

Es decir: su capacidad para convertir buenas notas en muy buenas (o mediocres en decentes), su visión para ver una buena historia y lo que se necesita para no arruinarla y, fundamental, su ética periodística aplicada al ámbito de la crónica cultural: el no tomarse livianamente la escritura (no olvidar que de un lado y del otro hay personas reales que requieren que uno sea justo o veraz); el ser conscientes de que uno es el mensajero y no el protagonista (aunque eso no nos exime, al contrario, de una mirada personal); el ser incisivo sin ser irrespetuoso (lo que no nos animamos a criticar cara a cara, no vale canchear luego por escrito) y, en la medida de lo posible (y sin exagerar, claro), el ser apasionados. El afrontar con alegría lo que se tiene para decir.

No son elogios menores los que estoy vertiendo en este texto. Pero me deja tranquilo que están siendo dichos con conocimiento de causa. Por supuesto que “Pérez” (como lo llaman muchos de sus amigos, entre los cuales me incluyo, aunque siempre preferí el más corriente “Martín”, no sé por qué; “Gavilán”, en tanto, como apodo surgido en *Piso 93* se mantiene, pero para sus amigos más contemporáneos, veo) tiene defectos. Todos los tenemos. Pero en este mundo poscínico en el que vivimos (por momentos muy apático, por otros fanatizado al extremo; sin compasión ni alma) no es común encontrar periodistas y editores que no estén desencantados del oficio. Martín debe tener sus días en los que perdió la fe en sus cosas, pero evidentemente en la cuenta general son pocos. Y cuando ocurren, los sabe llevar bien. O por lo menos mejor que varios de nosotros.

Por eso cuando me contó de la salida de este libro que reúne sus primeros poemas, los que escribió en ese programa mítico de la Rock & Pop cuando apenas superaba los veinte y ni imaginaba que iba terminar haciendo un carrerón como periodista cultural y de rock, me alegré mucho. Porque ya era hora de que sacara su primer libro. Y porque tiene varios otros aguardando para salir. Y no hay nada mejor para empezar a saldar una cuenta pendiente que dar el primer paso.

#colecciónfueraadeserie

Elvio Gandolfo - Libro de Mareo

Apegé - Provinciano

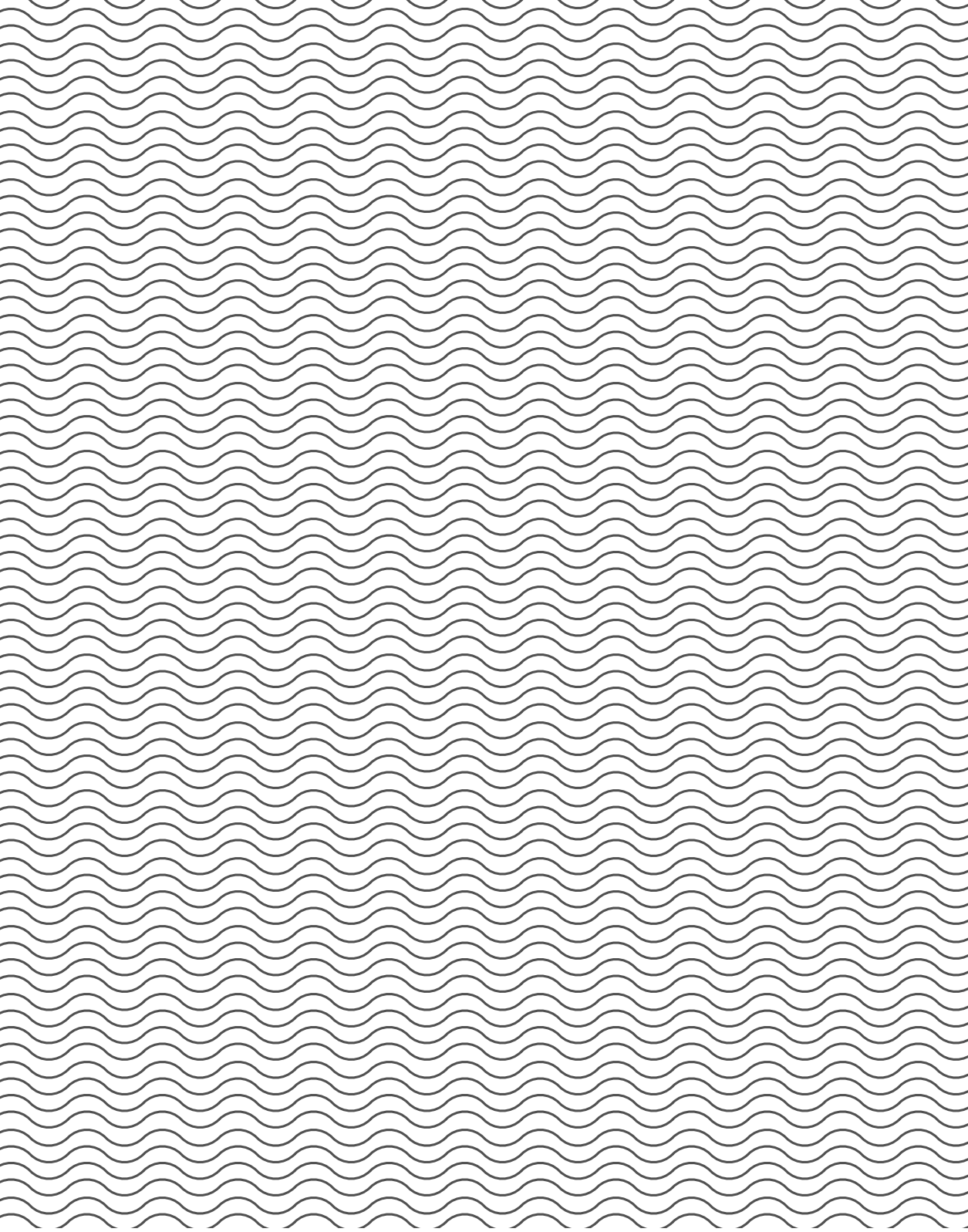
Damián Tabarovsky - Coney Island

Vanesa Guerra - Síndrome del Montón

Martín Pérez - La vida es otra cosa

En preparación:

Esther Cross - Radiana



www.el8voloco.com.ar
www.trenenmovimiento.com.ar

